

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 10.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la librería de J. VERDAGUER, Rambla frente al Liceo. — SALA hermanos, calle de la Union. — SUBIRANA, plaza de la Constitución. — OLIVERES, calle Ancha y Fustería. — MANERO, frente al teatro Principal, nº 7. — GINESTA, calle de D. Jaime I. — CERDÁ, plaza del Angel. — MIRALLES, Call, nº 2. — GARCIA, fuente de San Miguel.

MADRID.

Librería de C. MORO, calle Valverde, n.º 28, y CUESTA, calle Mayor; y en las principales librerías del reino.

Toda correspondencia se dirigirá franca á D. ANTONIO FONT y Comp.ª, en la Librería de Joaquín Verdaguer, Rambla, n.º 5, Barcelona.

PRECIO.

En BARCELONA, por 4 entregas llevadas á domicilio 2 rs.
En MADRID, por id. 2 1/2.
En las Provincias, por id. 3 rs.
Cada Entrega suelta **6 cuartos.**



Solange, hasta que nos veamos en el cielo! (Pág. 74, col. 3ª).

SUMARIO.

NOVELAS: *La Encina de los Pesares*, por la Señorita GABRIELA DE POLIGNY — *El Secreto de Polibinela*, por M. ADRIANO ROBERT. — **VIAJES:** *Diario de una Institutora en Rusia*, por la Señorita MARIA NEVILLE. — **VARIADADES:** *Primeras sociedades sabias de Europa.*

LA ENCINA DE LOS PESARES.

(LEYENDA.)

POR LA SEÑORITA GABRIELA DE POLIGNY.

En las cercanías de la ciudad de Souterraine se veía algunos años hace en el camino que conduce á Gueret una copada encina secular que llamaban la *Encina de los Pesares*.

Hé aquí el origen de su nombre.

A fines del año 1813, época fatal para la Francia que tenía que luchar contra todas las potencias de Europa, y veía invadido todo su territorio, era indispensable un esfuerzo supremo para salvarla. El emperador hizo prodigios en aquella memorable campaña de Fran-

cia; su actividad creció con la inminencia del peligro; todos recordaban en él al joven Bonaparte en su maravillosa campaña de Italia, pues donde quiera que se presentaba huía derrotado el enemigo. Pero ¿de qué sirve el valor contra la superioridad del número? El grande ejército estaba diezmado, y sus mejores batallones dormían el sueño eterno de los valientes en el campo de batalla desde el Moskowa hasta el Niémen, en las estepas de la Rusia occidental, cubiertos con la nieve como con un blanco sudario, en las llanuras de Sajonia, en Lutzen, en Bautzen, en Dresde y en Leipsig, última jornada de gloria en el antiguo suelo alemán. La traición había saciado también sus viles deseos, y un puñado de valientes luchaba tan solo en el territorio francés con la energía de la desesperación.

El emperador acababa de hacer el postrer llamamiento á la nación francesa; á fines del año 1813 se verificó una quinta extraordinaria que arrancó á las aldeas todos los brazos jóvenes reservados á la agricultura, y los vecinos de las ciudades se vieron obligados á dar sus últimos hijos después de haber agotado todos sus recursos.

Esta quinta hizo verter en Souterraine raudales de

lágrimas á las familias que habían hecho ya tantos sacrificios, y que daban el último adiós á los que partían al ejército á quienes solo esperaban volver á ver en el cielo. La familia de Erstau era especialmente la mas rudamente perseguida por la desgracia; había visto partir á sus dos hijos mayores, y solo le quedaba Francisco, que iba á cumplir veinte años y á quien la ley iba condenar á seguir la suerte de sus hermanos.

Francisco era un noble y digno joven, de aventajada estatura y de rostro agradable y risueño; sus ojos azules tenían una belleza y una espresion tan encantadoras, que cuando miraban fijamente, podía leerse en ellos un sentimiento de profunda melancolía, y pensamientos, ó mas bien sueños de un mundo ideal. ¿Qué mucho si amaba con toda la ingenuidad de su alma virgen á una joven y casta doncella de quien iba á separarse tan pronto? Al recordar tan horrible separación una lágrima brillaba en sus mejillas. Solange, este era el nombre de la querida de su corazón, Solange era también hermosa, pero de una belleza tranquila y fría; su rostro, de un carácter grave y reflexivo, recordaba los que se encuentran en los cuadros del Ticiano; sus largos y negros cabellos caían ondulando en largas tren-

zas sobre sus hombros, y tenía casi continuamente inclinados sus ojos hacia el suelo, pero su voz era de una melodía tierna y vibrante y de un encanto infinito.

Francisco y Solange habían pasado juntos los risueños días de la infancia en medio de la pureza y la sencillez de costumbres patriarcales. La única amiga y compañera de Solange era su madre que le había enseñado desde muy niña las virtudes de su corazón y los deberes de su clase. Francisco visitaba con frecuencia la casa de la madre de Solange, quien le daba el dulce nombre de hijo, y veía con júbilo el cariño que profesaba á su hija... pues le sonreía la esperanza de verlos unidos algún día.

¡Oh! ¿quién podrá describir el encanto de sus paseos en las hermosas y tranquilas tardes de otoño por las sombrías orillas del Sedelle, por las cercanías del bosque de Malherband, bajo los corpulentos robles de la Jersia, y con mas frecuencia aun al pié del antiguo castillo de Bridiers?... Placiales sobre todo el aspecto de este castillo ruinoso, uno de los últimos vestigios del feudalismo, y permanecían allí sentados horas enteras evocando los recuerdos de la edad media conservados por la tradición, y dirigiendo sus miradas por el horizonte hacia los montes azulados que separan con ondulantes cimas la antigua Marca del Lemosin. Delante de ellos se desplegaba la ciudad de Souterraine, tan pintorescamente reclinada sobre la falda de un colado, con su elevado campanario, su cárcel almenada, sus murallas casi destruidas, los cuadros de sus huertos y vergeles, y las largas calles de álamos que dan sombra al sonoro cauce del Sedelle; y á su derecha, y mas cerca de ellos, sus miradas se recreaban contemplando el estanque del Chaix, ese reducido lago de cristalina superficie donde se miran como en un terso espejo las jóvenes que lavan el cáñamo. Volvían á la ciudad por el camino de Gueret y la aldea de la Cruz de Piedra. ¡Oh! ¿qué felices eran aquellos dos corazones sencillos y cándidos viviendo juntos y respirando las mismas auras! ¿Qué ensueños tan gratos les halagaban! ¿Con qué amor tan puro y tan desinteresado se amaban y que hasta les hacia ignorar el sentimiento que dulcemente les unía! ¿Castas y santas ilusiones de la primavera de la vida! ¿Cual nos haceis vivir en esta edad sin pensar en los días sombríos de lo porvenir, sin sospechar que continuamente nos amaga una decepcion, un pesar ó una ausencia!

Y no obstante, se acercaba para ellos la hora fatal; se hablaba de una nueva quietud, y la familia de Erstan no era bastante rica para comprar un sustituto á Francisco.

Era una tarde de los primeros días de noviembre de 1813; las hojas de los árboles presagaban los rigores del invierno con su color amarillento; el tordo cantaba quejumbroso sobre la copa de los castaños, y el día había sido caluroso y sombrío. La madre de Solange estaba enferma y había dicho á sus dos hijos:

—Salid á pasear un rato por el camino de la Cruz de Piedra.

Y habían salido como dos palomas que por la vez primera ensayan su vuelo desde el nido paterno. Llegaron riendo y hablando del cielo y de los ángeles, de las flores y de las estrellas, hasta el pié del castillo de Bridiers, y cuando trataron de volver, la noche empezaba á teñir su manto de tinieblas, negros nubarrones se amontonaban sobre los montes del Limousin, y se veían los primeros anuncios de la tempestad. Apresuraron el paso para llegar á la ciudad, y estaban muy próximos de las prietas casas del barrio de Lavaud, cuando les sorprendió una copiosa lluvia, y volvieron atrás para albergarse debajo de una copuda encina que se alzaba en el borde del camino. El follaje era muy espeso y podía abrigrarles del agua. Solos estaban allí y estrechamente unidos, enlazando Francisco con su brazo derecho el tallo de Solange, y contemplando la joven á su amante. Así permanecieron algunos instantes sin pronunciar una palabra, mientras el viento impelia hacia los labios de Francisco los sedosos bucles de la cabellera de Solange.

—Amigo mio, dijo ella al fin, se habla de quinta; si llegaras á partir!

—Es imposible, contestó él, mis dos hermanos están sirviendo.

—Nada es imposible ahora, Francisco.

—Bien; si partiera, no te olvidaría por eso, Solange.

—¿Me lo juras?

—Sí, te lo juro aquí, en presencia de Dios y de la tempestad!

Oyóse entonces á lo lejos un prolongado trueno, y Francisco estrechó mas vivamente á Solange contra su corazón. La lluvia caía á torrentes y los relámpagos surcaban el negro espacio. No tenían mas abrigo que la corpulenta encina, pero estaban tan cerca de la ciudad que los dos jóvenes no concibieron temor. Sin embargo, las gotas del agua atravesaban el follaje; y se apartaron algunos pasos del tronco del árbol, creyendo estar mas seguros bajo una ancha rama que se extendía en direccion opuesta al viento de la tempestad.

—Y tú, Solange, dijo Francisco, me juras no ser de otro ni olvidarme jamás?

Al mismo tiempo los envolvió en sus llamas un súbito relámpago; el rayo cayó sobre el árbol corpulento, se llevó una ancha cinta de su corteza, arrancó algunas ramas y se apagó á los piés de los dos amantes. Solange cayó desmayada sobre el cesped sofocada por el flúido eléctrico; Francisco creyó que había sido víctima del rayo, la conmocion que experimentó tambien le había dejado casi ciego, y corrió hacia la ciudad pidiendo auxilio. Apenas entendían lo que decía, pero le siguieron sin vacilar y levantaron del suelo á Solange que seguía sumida en su desmayo. Trasládonla á su casa antes que recobrase el sentido, y permaneció algunos días en un estado muy alarmante.

El sorteo se verificó á fines de noviembre, y Francisco estaba ya dispuesto para partir. Habían ocultado la verdad á Solange, que se hallaba apenas convaleciente cuando Francisco fué á verla por la postrera vez. La madre de la joven presenciaba la despedida del soldado.

—No la mates, le dijo antes; no digas que vas á partir.

Francisco hizo un esfuerzo para sonreír, pero no pudo; algunas lágrimas surcaban sus mejillas.

—¿Qué tienes? dijo Solange; ¿cielos! ¿tambien tú estás enfermo? Nunca te había visto tan pálido...

—Sí, padezco mucho; respondió Francisco; tomo caer enfermo... Adios! adios!...

—Ese adios es muy triste... Madre mia ¿qué tiene? Me oculta alguna cosa... Madre mia, decídmelo todo!

Y la pobre madre estaba tan pálida y sufría tanto como ellos.

—Adios! adios! añadió Francisco; acuérdate de la encina!

Y salió.

—¿Qué ha querido decir? preguntó Solange; ¿cómo no he de acordarme de la encina? Allí es donde nos prometimos union constante en la tierra ó en el cielo.

—Hija desventurada! dijo en voz baja la pobre madre.

Sin embargo, cuando Solange se alivió y no vió mas á Francisco, conoció la horrible realidad, y no volvió á quejarse aunque su corazón estaba despedazado. Unicamente cuando sus fuerzas se lo permitieron, rogó á su madre que la acompañara á la copuda encina. El rayo había dejado en el tronco su huella; Solange se sentó un momento en el cesped donde había caído asfixiada, y sobre el cual brotaban tomillos y romeros. Hizo con ellos un ramo y lo ocultó en su seno, y casi todas las tardes iba al mismo sitio con su madre, y siempre se llevaba un pequeño ramo de flores silvestres.

Al verla sus compañeras, sus vecinas y todas las doncellas de la ciudad al volver tan triste y pálida de su paseo acostumbrado, empezaron á llamar al vetusto árbol la Encina de los Pesares. Algunas veces, cuando la sorprendía la noche y no veía á nadie en el camino, Solange se arrodillaba, lloraba y rezaba largo rato, y su madre, que advertía que de día en día iba enflaque-

ciéndose mas, no se atrevía á turbar sus oraciones y sus lágrimas. Llegó el invierno con sus escarchas y sus hielos, sus nieves y sus torbellinos de viento del norte, y á pesar del intenso frío, Solange no faltaba nunca á su paseo hacia la Encina de los Pesares.

Á fines de estío la joven parecía un espectro; ya no podía salir; su madre había agotado todos los recursos de su amor y el médico todos los de su ciencia, pero el mal estaba en el corazón, y la pobre niña se extinguía lentamente como la lámpara que ha secado todo su aceite.

Francisco estuvo un mes en el depósito de su regimiento, despues fué á incorporarse con los restos del grande ejército en las llanuras de Champaña, y recibió el bautismo de fuego en el combate de Brienne.

Fuera indudablemente impropio de mi asunto hablar de la gigantesca lucha que sostenía entonces el emperador contra la Europa coligada. Este recuerdo es doloroso, pero merece justa admiración el heroísmo de los valientes guerreros que combatieron en Champaubert, en Montmirail, en Vauxchamps, en Nangis y en Montereau. Francisco fué herido en el pecho por una bala rusa en este último campo de batalla, y cayó en la pelea cerca del general Château, que tambien acababa de ser herido mortalmente. Un amigo de Francisco le cerró los ojos; cuando exhalaba el postrer suspiro, dijo:

—Solange, hasta que nos veamos en el cielo!

El mismo día y á la misma hora murió Solange en los brazos de su madre diciendo:

—¿No lo ves, madre mia?... me espera debajo de la encina!

Así es como recibió su nombre la Encina de los Pesares.

Desde entonces, cuando veían en la ciudad jóvenes ó muchachas tristes y pálidas, decían: Vuelven de la Encina de los Pesares.

Vi muchas veces el vetusto y corpulento árbol, y me han dicho que todos los años hacían las aves un nido en el hueco que había formado el rayo al arrancar una rama del árbol.

Un sonámbulo, que vivía en la Souterraine diez años despues de la muerte de Francisco y de Solange, hacia su peregrinacion todas las noches por los paseos, pero nunca se dirigió hacia el camino de Gueret, porque decía que veía dos sombras debajo de la Encina de los Pesares.

En vano buscariais en el día la vieja encina: las obras del ferro-carril de Paris á Limoges y la elevacion del camino han destruido el árbol que tan tiernos recuerdos evocaba á los habitantes de Souterraine.

EL SECRETO DE POLICHINELA.

POR M. ADRIANO ROBERT.

—Pero sin explicarme el motivo de su encarnizamiento en perseguirme, sus consejos perdidos á Dominico, y ese raptó de cuya idea fue ella la primera autora me demuestran palpablemente ahora cual es el sentimiento que dirige sus acciones.

—Sí, dijo Zafiro, Lucrecia es muy aficionada á valerse de ese medio: conozeo á un actor de quien se apoderaron al salir del teatro Pasquarello cuatro enmascarados que le obligaron á subir á una berlina de camino, y que tuvo que representar la misma noche los papeles de Polichinela y de José. Este no se dignó esperar la escena de la capa, y saltando resueltamente por una ventana, volvió á Florencia cojeando.

—Pero ignoro, dijo maliciosamente Fiamma, porque teniendo libre el corazón, no quiso José que Polichinela llevase á cabo una aventura digna de los anales de un príncipe.

—¿Por qué? Porque Zafiro estaba enamorado, como lo está aun y lo estará hasta la muerte.

—¿De quién? preguntó la actriz con curiosidad.

—Oh! ese nombre será el final de mi novela. Ya puedes conocer que Lucrecia Alberti juraría odio á muerte al pobre Zafiro, porque si esas grandes

señoras llegan á tener el capricho de anhelar para su tocador una copa de Cellini, un lindo perro faldero ó un Polichinela enamorado, no perdonan al torpe que rompe la copa, al perro que huye ó al Polichinela que rechaza sus caricias, y despues de haber hecho pedazos con sus rosadas uñas las blondas de su pañuelo, su despecho se trueca en rencor. Y desgraciado del que por dos veces hizo salir en su frente el carmin de la ira ó de la vergüenza!

—Si, conozco que la lucha era desigual é imposible con una enemiga tan encarnizada y poderosa.

—Oh! si hubiera sido solo y libre, me hubiese vengado como Marforio, pero no debía comprometer locamente tu porvenir, ni podia esponer á la que amo á los celos y al odio de esa muger. Brotó entonces de mi mente un pensamiento extraño; sabia que la marquesa hacia que espiesen todas mis acciones para descubrir á su rival...

—Y para apartar el peligro de una persona querida, fingiste que era yo la que amabas esponiéndome á ser devorada por esa fiera; ¿no es así? Bravisimo! tuviste una feliz idea, primo mio.

—No, porque enamorada de otro, no podias amarme, y sabia muy bien que eras demasiado lista y resuelta para caer en las redes poco ingeniosas de la marquesa; estaba yo además allí pronto, á defenderte, y Dominico, á quien habia escrito que volviera, era tu mejor custodio. De este modo iba ganando tiempo, y la venta de mis cuadros y el producto del teatro me daban la esperanza de recobrar esos créditos que están en poder de la marquesa. Mis ahorros apenas ascienden aun á mil ducados y debo cuatro mil. ¿Adivinas ahora mis intentos?

—Los entiendo perfectamente y los apruebo, pero tu confesion es incompleta, Zafiro. ¿No podré saber cual es la tierna paloma?...

—Tu hermana, dijo Zafiro con una inefable expresion de ternura.

—Cándida! exclamó la actriz desconcertada con esta confesion; Cándida, á quien tratas como una íntima criada. ¿Sabes, primo, que tienes un modo extraño de hacer la corte á las que amas?

—Oh! añadió Zafiro, yo rescataré este triste pasado, y mi corazon será mas ingenioso aun para acrecentar su felicidad.

—¿Y mi hermana ignora que la amas?

—Si; mas adelante se lo confesaré todo, pero es preciso primero verme libre de las redes de la marquesa, y es ya inútil la locura fingida que estoy representando. Dentro de tres dias te casarás con Dominico, prima mia, y partirás á Arezzo con tu hermana; yo iré á reunirme con vosotros cuando esté libre.

—¿Consientes en este enlace? exclamó Fiamma rebotando de alegría.

—¿Hay ya acaso remedio? respondió Zafiro sonriendo; toda Florencia sabe á estas horas tu escapatoria. Que venga el buen Dominico, y todo lo arreglaremos.

—¿Mi escapatoria! repitió Fiamma, mas tu sabes bien que no me he separado un momento de mi madrina.

—Es verdad, dijo Zafiro estrechándola su mano... Si no te adoro ya como amante, te amo como un hermano, linda Fiamma, y bajo este concepto y para tranquilizar mi conciencia envié mi policia secreta para seguir tus pasos.

—Ah! esto es horrible! dijo Fiamma haciendo un gesto de ira; me ha vendido la señora Caravage.

Cándida abrió bruscamente la puerta del taller y asomó su gracioso y moreno rostro diciendo con acento resuelto:

—¿Puedo entrar?

Fiamma separó su brazo del de Zafiro y fué á abrazar á su hermana.

—Leo por fin en tus ojos que has alcanzado tu perdón.

—Si, querida Cándida, y no puedo explicarte cuan feliz soy ahora.

—Ah! me alegro... ¿es decir, caballero, que vais á ser mi cuñado?

Zafiro hizo á Fiamma una seña para que no la desengañase.

—Si, dijo Fiamma haciendo un esfuerzo para contener una sonrisa; y estás contenta ¿no es verdad?

—Ya lo creo, respondió Cándida con serenidad, porque además de la alegría que me causa tan fausta noticia, voy á poner fácilmente en ejecucion cierto proyecto que os ocultaba hace algun tiempo.

—¿Qué proyecto? preguntó Zafiro volviéndose á sentar delante de su caballete y continuando su trabajo.

—Estoy aburrida de hacer papeles secundarios en el teatro Pasquarello, añadió Cándida con la gravedad de una actriz consumada.

—¿Será cierto?

—Ciertísimo, y como á pesar de mis súplicas y mis justas reclamaciones, mi primo insiste en tratarme como á una niña sin importancia, como á una actriz de última clase...

—¿Qué dices, muchacha? exclamó el empresario dejando la paleta y los pinceles.

—Me he proporcionado otro ajuste, continuó con osadía Cándida.

—¿Hablas formalmente? dijo Fiamma con viveza.

—Muy formalmente, querida hermana. Oh! conozco que te sorprende, pues como siempre te han dado los mejores papeles del repertorio, no sabes el dolor que causa el ver desconocido el talento y objeto de irrisión los sentimientos mas afectuosos.

—Cándida! tu deliras! dijo Zafiro palideciendo.

—Muy al contrario, primo mio, la razon inspira mis palabras. No quiero casarme ni tengo mas porvenir que el que me cree con mi talento, porque segun me han dicho, tengo talento.

—Per Dio! exclamó Zafiro con impaciencia ¿te lo he negado yo acaso?

—Y como el teatro Pasquarello es para mí un campo muy limitado, lo abandono muy pronto y sin pesar.

—¿Serás capaz de abandonarnos?

—Solamente por seis meses, dijo ella tranquilamente sacando del bolsillo la escritura que le habia entregado la marquesa, y empezó á leer en alta voz la fórmula siguiente: Queda convenido entre los abajo firmados Jacopo Mandola, empresario del teatro de Pisa, y la señora Cándida Frascator, ex-artista del teatro Pasquarello, que...

—¿Cielos! ¿Y la has firmado? dijo Fiamma con verdadero terror.

Cándida tomó una pluma y la mojó en el tintero.

—Voy á firmarla ahora.

—Te lo prohibo! exclamó Zafiro con autoridad.

—¿Y con qué derecho? Estamos hoy á 23 de julio de 1720, y ayer cumplí veinte y un años, primo mio; soy por consiguiente de mayor edad, soy libre.

Zafiro se dejó caer en una silla exhalando un gemido de dolor.

—¿Creisteis acaso, continuó Cándida despues de escribir apresuradamente su nombre al pié de la escritura, que era una niña necia, humilde y resignada? No; tenia paciencia... y nada mas.

—Eres el infierno que se desencadena, gritó Zafiro apretándose con ambas manos la cabeza... oh! vas á volverme loco!

—Loco? No lo creo, mi querido cuñado, dijo Cándida con ironía. Tú mismo has dicho que se habia pasado enteramente la crisis.

—Cándida! dijo severamente Fiamma ¿olvidas el respeto que debes á tu primo?

Presentóse entonces en la puerta del taller un agente de policia.

—¿El señor Zafiro? dijo con voz gangosa.

—Soy yo; ¿qué se os ofrece?

—Vengo á buscaros de parte del barigel.

—¿Y que quiere de mí el barigel? preguntó con desentono el empresario.

—Creo que es para cerciorarse de si desgracia-

damente estais privado de razon... en cuyo caso...

—Está muy bien; os sigo, dijo Zafiro interrumpiéndole.

Y calándose hasta los ojos el sombrero, se acercó vivamente á Fiamma, le estrechó las manos con fuerza, y murmuró esta sola palabra al pasar cerca de Cándida:

—Ingrata!

—Has sido muy cruel con tu primo, dijo Fiamma á su hermana acercándose á la ventana para ver á Zafiro que subia al coche del agente.

Cándida empezó á dar palmadas saltando y riendo á carcajadas como una pensionista que acaba de hacer una broma á una de sus compañeras.

—¿Luego has sido victima de mi comedia?

—¿Qué dices? ¿acaso fingias?

—Lo he oido todo, respondió Cándida bajando la voz; estaba allí, detrás de la puerta.

—¿Ah! todo lo entiendo ahora, has querido vengarte en un cuarto de hora de ocho meses de desdenes.

—Lo has adivinado... ¿Viste como lloraba al salir? Preciso es que ame mucho un hombre cuando el amor le hace verter lágrimas.

—¿Tanto te interesa el que te ame?

—¿Tanto! respondió Cándida bajando los ojos con pudor, como que yo tambien le amo!

—Pues bien, se celebrarán las dos bodas en un mismo dia, dijo Fiamma abrazando con efusion á su hermana; y estampando un beso en su frente.

—Bum! bala rasa en medio del pecho, dijo el alférez Dominico parándose en el umbral de la puerta.

—Esta casa es una plaza pública, exclamó Cándida, todo Florencia se cueña aquí hoy desde la mañana; el tunante de Lucas estará embrigado.

Lucas era el portero de quien hablamos antes, y reunia los distinguidos cargos de cancerbero, de peluquero y de ayuda de cámara.

—Todas las puertas están de par en par, dijo Dominico con voz apesarada, y he entrado en el feliz instante en que se hablaba de casamiento.

—¿Qué intento os trae á esta casa? preguntó imperiosamente Fiamma á su amante.

—Vengo á declarar á vuestro tigre, á vuestro vampiro de tutor, que es un picaro en forma por lo que veo, y que no consiento en renunciar á vuestra mano sino con condicion de que seáis mi heredera universal. Os dejo á Hasan, y me vuelvo al momento á tirar cañonazos con mis buenos amigos los turcos.

—¿Pondreis á Hasan en la cajita que encierre vuestro regalo de boda, querido Dominico? preguntó jovialmente Cándida; porque os anuncio que dentro de tres dias os casareis con mi hermana.

—¿Cómo! exclamó Dominico abriendo desmesuradamente sus ojos.

—Guardad el asombro para despues, pero sabed por ahora que Zafiro no ha estado enamorado nunca de mí por la sencillez razon de que idolatra á mi hermana; que está menos loco que vos, y finalmente, que os espera para estender vuestro contrato.

—Ah! excelente Polichinela! ¿nunca bien ponderado empresario!... Perdon, perdon, jóven magnánimo! exclamó Dominico con alborozo y arrojando al techo su sombrero.

—Tranquilizaos, dijo Cándida, y esperadle aquí; yo me llevo á Fiamma porque necesito hablar con ella muy despacio.

—Casados! dentro de tres dias! Ah! noble pintor, digno Pofi... No, no quiero darle este nombre, continuó el jovial militar con creciente alborozo.

—Adios, Dominico, dijo Fiamma tendiéndole la mano que llenó él de besos con afán.

—¿Hasta luego, mi tesoro, hasta luego!

Cuando se vió solo, Dominico se hundió el sombrero á lo calavera sobre su oreja izquierda y empezó á pasear de un extremo á otro del taller.

—¿Qué me decia pues esa marquesa Alberti con su cotorra y sus tres bergantes? Ah! ya le cantaré bien claro y le haré ver que está mal informada. No obstante, debo confesar que tiene una alma compasiva y que desea nuestra felicidad.



¿ Puedo entrar ? (Pág. 75 , col. 1.ª .)

— ¡ La señora marquesa Alberti ! anunció pomposamente Lucas que, con ojos vinosos y tardo paso, apareció de pronto en la puerta del taller.

— *Per Dio!* ; magnífica ocasión ! Haz que entre la señora marquesa, dijo Dominicó dirigiéndose hácia la puerta con galantería.

IV.

— ¡ Dominicó, exclamó la marquesa reconociendo al raptor de Fiamma.

— En persona, dijo el alférez retorciéndose el bigote; no esperabais según veo encontrarme aquí, marquesa.

— Lo confieso, y no acierto á explicarme aun...

— Pues yo os lo voy á explicar en dos palabras: me caso el sábado próximo con la señora Fiamma Frascator, y mi buen amigo Zafiro, que no ha estado loco nunca, será el mismo día y á la misma hora mi querido cuñado.

— Se casa con Cándida ! dijo la marquesa tremula de ira y dejándose caer en un sillón.

— Con su prima Cándida, á quien adora, continuó Dominicó recalando sus palabras.

— Os doy mi parabien, caballero Dominicó, dijo ella esforzándose en sonreír. ¿ Y os han encargado á vos para darme tan buena noticia ?

— No precisamente, pero como os interesais tan generosamente por la dicha de Fiamma y por mi dicha, he creído que debía haceros esta confianza.

— De la que no abusaré, podeis creerlo, dijo la marquesa estrujando con despecho un papel que acababa de tomar maquinalmente de la mesa, y solo falta que me perdonéis los temores quiméricos que torpemente os habia infundido. Obraba de buena fé, os lo juro, y no creía que vuestro futuro cuñado fuera un cómico tan perfecto.

— Oh ! ya sabeis, señora marquesa, que los artistas tienen caprichos diferentes de los demás hombres.

Brotó entonces de los labios de Lucrecia una exclamación de sorpresa y alegría; sus ojos acababan de fijarse sobre el papel que estaba estrujando hácia cinco minutos. Era el ajuste que Cándida habia olvidado en la mesa.

La marquesa se levantó de un salto con la escritura escondida en su crispada mano.

— Adios, Dominicó; os prometo asistir á vuestra misa de novios.

— Será un grande honor para mí, señora marquesa, dijo sencillamente el alférez abriendo las dos hojas de la puerta é inclinándose.

Zafiro, que volvía, se encontró cara á cara con la señora Alberti.

— Siento el mayor placer en encontraros, querido Zafiro, dijo la marquesa con amarga ironía, porque tenia que daros los mas sinceros elogios por lo bien que representais los papeles de enamorado y de loco. Habia encargado á mi mayordomo que os entregase un alfiler de diamantes en recompensa de la deliciosa velada que nos hicisteis pasar en la villa Alberti, pero como es un regalo tan insignificante, os prometo un presente de bodas, un recuerdo digno de vuestro admirable talento. Hasta otro rato, querido Zafiro !

— ¿ Qué le has dicho, desventurado ? exclamó Zafiro cuando la marquesa salió del taller.

— ¿ Qué?... *per dio!* se lo he dicho todo.

— ¿ Pero qué le has dicho ?

— Que no estabas loco y que amabas á Cándida.

— Nos has perdido ! exclamó el empresario sacudiendo con rabia los puños de Dominicó.

— ¿ Cómo ?...

— ¿ Qué sucede ? dijeron las dos hermanas acudiendo á las voces de Zafiro.

— Sucede, respondió el empresario con exaltación, que acaba de descubrirse todo á la marquesa.

— ¡ Maldito charlatan ! exclamó Fiamma con ademán amenazador.

— Todo se ha perdido ya, continuó el cómico; antes de una hora estallará la borrasca, y de seguro que va á ser terrible. La conozco á fondo... su regalo de boda será una orden de prisión !

— ¡ Pobre primo ! exclamó Cándida arrojándose en sus brazos.

— Veamos, reflexionemos ! no es hora de llorar ni de quejarse, sino de darse prisa. Vuestra deuda asciende á cuatro mil ducados, y tenéis mil: luego deben buscarse los tres mil que faltan.

— ¿ Tres mil tan solo ? dijo Dominicó con ademán de triunfo; yo me encargo de proporcionárvolos. Hasan vale mil cuatrocientos equines; yo te los presto.

— El dote de Fiamma ! nunca ! nunca ! dijo resueltamente Zafiro.

— ¿ Qué haremos pues ?

— Obedecerme. En primer lugar, es preciso que huyais las dos á un paraje seguro. Dominicó irá á preparar todo para vuestra partida, mientras voy á ver al judío David, al cardenal Torcuato, á Bartoldé, ¿ qué sé yo ? á todos los revendedores y anticuarios que hay en Florencia, y les venderé mis cuadros, mis bronce y mi clave. Y si no reuno la cantidad que necesito, sacaré á pública subasta mi ropa, y me pasearé mañana por la ciudad vestido de Polichinela. Manos á la obra, Dominicó !

— ¿ Pero ?

— ¡ Seguidme ! gritó Zafiro asiéndole por el cuello de su casaca y llevándosele por fuerza.

V.

Razon tenia Zafiro al decir que no tardaria en estallar la borrasca.

Apenas habia transcurrido una hora desde que saliera la marquesa, cuando se paró á la puerta de la casa una berlina de camino y el portero Lucas anunció al nuevo empresario del teatro de Pisa.

Cándida estuvo á punto de desmayarse cuando el poeta Mandola le presentó la escritura firmada por su mano, invitándola á que hiciese los preparativos para partir inmediatamente.

Las dos hermanas conocian perfectamente á Mandola porque el célebre *Hilo de Ariadna* se habia ensayado quince veces en el teatro Pasquarello.

Cándida tuvo una súbita inspiración. Sabiendo que el poeta no era mas que el testaferrero del verdadero empresario del teatro de Pisa, resolvió esplotar en favor de su causa las pretensiones poéticas del cantor de Ariadna.

Y aparentando una profunda indiferencia empezó á amontonar sus trajes en un baul rogando á Mandola que esperase un momento.

Cuando acabó de poner los trajes, Fiamma que



Nos has perdido ! exclamó el empresario. (Pág. 76, col. 2ª.)

la ayudaba en sus preparativos, le presentó una media docena de papeles manuscritos para completar su equipage artístico.

— *Adriel, Pulcinella, Argentina, Ariadna*, dijo dándole de uno en uno los papeles.

— ¿*Ariadna*? exclamó *Mandola* levantando la cabeza.

— Ah! dijo *Cándida* á su hermana, guarda ese papel porque no lo representaré en *Pisa*.

— ¿Porqué? preguntó el poeta.

— Porque la pieza pertenece al teatro *Pasquarello*, y mi primo *Zafiro* que confía ganar un tesoro con esa obra maestra, no permitirá que se haga en otra escena.

— ¿Es decir que iba á representarme muy pronto? preguntó *Mandola* con una sonrisa estúpida.

— Dentro de ocho días, dijo *Fiamma*.

— *Zafiro* hubiera conseguido un brillante triunfo con su papel de *Minotauro*; lo hacia con tal voz que infundía terror.

— ¡Está tan bien trazado el carácter! dijo *Fiamma* apoyando á su hermana. ¡Qué lástima que los florentinos no admiren aun este año el *Hilo de Ariadna*.

— ¿Cómo?

— Es cierto. ¿Quién puede sustituir á *Cándida* en el papel de la amada de *Teseo*, quién? *Nadie*.

— Es verdad, murmuró *Mandola*, no habia pensado en eso.

— Ah! dijo *Cándida* lanzando un suspiro mientras hojeaba su manuscrito, ¡qué lástima no poder crear este hermoso papel! Habia especialmente una relacion de que estaba encantada.

— ¿La que dirige *Ariadna* á su ovillo de hilo? preguntó el poeta ruborizándose de placer.

— Esa misma.

— Oh! recítadla, señora, recítadla! dijo *Mandola* con entusiasmo.

— Con mucho gusto.

Y la actriz empezó á declamar con pomposo énfasis los siguientes versos chabacanos que reproducimos en toda su integridad.

Si, firme vencedor del laberinto,
Madeja preciosa é inestimable;
Testigo será siempre donde quiera
Tu peregrino y salvador bramante.
Jamás *Vulcano* tan estrechas redes
Sacó de sus talleres infernales
Como los brazos fieles que á *Teseo*
Estando con amor para abrazarle.

— ¡Admirable! admirable! exclamó *Mandola* en el arrebató de su entusiasmo, y tomando en sus brazos á *Cándida* recitó con voz cabernosa los siguientes versos:

De su roja y viva antorcha
Nunca *Cupido* arrojó
Un fuego como el que abrasa
Mi rendido corazón.
Que me partan, que me rajen,
Que me ahoguen con furor,
Nada, nada podrá nunca
Acabar con mi pasión.
Aunque las aguas del mar
Y las que el cielo lanzó
En el diluvio famoso
Del tiempo de *Deucalion*
Me inundaran y absorbiesen,
Aun de *Ariadna* sed feroz
É inextinguible tuviera,
Y sobre el aqueo monton
De tanto mar se veria
Sobrenadar á mi amor!

— No! no! exclamó con una resolución desesperada, es imposible que sacrifique mi inmortalidad al capricho de una muger, de una marquesa *Alberti*! ¡O *Florenzia*, patria mia! por fin contarás dos poetas: *Dante* y *Mandola*. Os quedareis en el teatro *Pasquarello*, señora, y mi *Ariadna* recibirá de vos nueva vida. Hago pedazos vuestro ajuste con el teatro de *Pisa*.

Y los fragmentos de la escritura cubrieron al momento el pavimento del taller.

— Apreciable y noble *Mandola*! exclamó *Cándida* estrechándole la mano ¡cuánta gratitud os debo!

— ¡O poeta! dijo sentenciosamente *Fiamma*, hija es del arte tu inspiración!

— Desierto del campo enemigo, continuó *Mandola*, me importan un bledo la marquesa y sus

amenazas, y ya que he quemado cual otro *Cortés* mis naves, voy á contaroslo todo. La señora *Alberti* proyecta perfidias feroces contra vuestro primo. *Bustamante* y *Panfilio* le estan buscando ahora mismo para insultarle y obligarle á batirse.

— ¡Cielos! exclamó *Cándida* medio desmayada.

— Y si escapa de la tizona del capitán, *Bustamante*, que tiene en su poder los créditos, le mandará prender y llevarle á la cárcel.

— Pero ese plan es infame! dijo *Fiamma* golpeando con el pié de rabia.

Apareció al mismo tiempo por la puerta del jardín *Dominico*, pálido, derregado, sin sombrero y con una vaina de espada en la mano. Oyóse en el taller un grito general de sorpresa y de terror.

— Traspasado! traspasado! balbuceó tropezando con la mesa.

— ¿*Zafiro*? exclamaron las dos hermanas con desesperación.

— No! el capitán *Panfilio*!... muerto á la tercera estocada!

— Pero ¿y *Zafiro*? ¿*Zafiro*?

— Salvado por el testigo de la víctima, un soberbio mozo.

— *Bustamante*?

— El mismo; nariz roja, gran panza y una capa de color verde manzana, quien ha hecho subir á *Zafiro* un una silla de posta para llevarle hasta la frontera del ducado de *Módena*. Hay un hombre muerto! Si llegan á prender á *Zafiro*, no se salva de la horca.

— Desgraciado! exclamó *Mandola* con desesperación; le ha llevado á la cárcel... á la cárcel tan hermoso *Minotauro*!

— Pero esplicaos, dijo *Fiamma*, ¿qué ha sucedido?

— Voy ha deciroslo. Saliamos del palacio del cardenal *Torquato* cuando el capitán empezó á seguirnos de pronto al volver la esquina «; *Majadero*! exclamó *Panfilio* con mal humor, me ha roto el vidrio de mi reloj!

— « Bárbaro! responde *Zafiro*; me ha desatado el lazo de mi zapato.

— « ¿Qué decís?

— « Que sois tan torpe y tan impolitico como un asno. »

El capitán levantó entonces la mano.

— Ah! seguid...

— Pero Zafiro, que posee á fondo esta mímica, paró el golpe y le descargó los dos bofetones mas sobervios que he oido resonar en toda mi vida. « ¡ Ira de Dios! exclamó el capitán sacando la espada. » Cinco minutos despues nos hallábamnos los cuatro detrás del convento de Dominicos. Zafiro me arranca la espada, y apenas la cruza con la de su adversario, cuando cae este sin exhalar un ay y envuelto en sangre.

¡ Ah! qué horror! exclamaron las dos hermanas estremeciéndose.

— Dióse el grito de alarma en el convento, Bustamante se llevó por un lado á Zafiro mientras huía yo por el otro, y la víctima quedó en el suelo exánime...

Un nuevo grito de horror salió de todos los labios; pero el autor está en la obligación de tranquilizar á sus lectores aterrados con este relato dramático, con la siguiente anotación.

Cuando bajaron los Dominicos para recoger el cadáver, Panfillo dirigió en torno suyo una mirada inquieta, y alzándose repentinamente de un salto, huyó como un galgo por la arboleda del patio, y se eclipsó como por ensalmo dejando á los frailes en el mayor asombro.

El fingido espadachín, que para obedecer las órdenes de la marquesa debia hacerse matar por Zafiro, se habia puesto sobre el pecho una bolsa de cuero en forma de coraza y llena de sangre de baco, que él mismo abrió en el momento de fingirse muerto.

— ¿ Qué haremos ahora? dijo Fiamma con desaliento.

— Ninguna idea me ocurre, respondió el alférez sentándose en una silla. Por mas que medito, no doy en el blanco de nuestra dificultad.

Habiéndose despedido Mandola, nuestros tres personajes se encerraron en el cuarto de Cándida y principiaron á deliberar.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuacion.)

VII.

En el principio de mi diario hablé de un negociante francés llamado M. Martin, cuya finura me habia llamado vivamente la atencion en el camino de Travemunda á San Petersburgo. Acompañaba yo un día á la princesa al Kitaigorod y entramos en una tienda de perfumería francesa. ¿ Cuales fueron mi sorpresa y mi alegría al ver á M. Martin sentado en el mostrador! No fueron menos vivas las que sintió al verme mi compatriota, el cual me hizo prometer que la honrara con una visita. Gustosamente cumplí mi promesa, y hallé en compañía del perfumista y de su esposa, porque estaba casado con una francesa, consuelos y distracciones que me fueron muy útiles durante mi permanencia en Moscu.

M. Martin habia establecido una sucursal de su casa en Sebastopol, donde proveía á todos los oficiales del ejército ruso, aficionados entusiastas á los objetos de perfumería francesa. Cuando regresó de Francia solo estuvo de paso en Moscu, y partió directamente á Sebastopol, como acostumbraba hacer todos los años.

Cuando llegué, me dijo M. Martin, hallé la ciudad de Sebastopol en la mayor alarma por la noticia del próximo desembarco de los franceses. Reinaba un pánico temor en todos sus moradores, y el arrabal de Karabelnaia, tan animado comunmente

por sus cafés, sus tabernas y sus bailes públicos, estaba sombrío y silencioso. Era el mes de setiembre: los oficiales venian como de costumbre á mi tienda, y debo decir que no advertia en ellos ningun sentimiento hostil en sus palabras ni en sus ademanes, y que únicamente bromaban sobre los efectos probables del bombardeo.

— ¿ En qué pensais, M. Martin? me decia uno de ellos, el conde Bibeukoff, jóven y brillante subteniente de artillería, hijo de una familia noble y rica y por consiguiente uno de mis mejores parroquianos, ¿ no haceis lo que pronto va á hacer todo el mundo?

— ¿ Qué va á hacer todo el mundo señor conde?

— ¿ Cáspita! bajar á la bodega todos vuestros frascos y botellas. ¿ Creéis acaso que vuestros bártulos son á prueba de bomba?

— ¿ Creéis formalmente que vamos á ser atacados?

— Mirad.

El conde me indicaba la calle obstruida por carros cargados de muebles y objetos preciosos. Gentes de pueblo, ebrios de aguardiente, circulaban en todas direcciones gritando y diciendo que era preciso prender fuego á la ciudad y convertir á Sebastopol en un segundo Moscu.

Al día siguiente de esta conversacion, el conde partió con el estado mayor del príncipe Menschikoff despues de haberse provisto en mi casa de lo que necesitaba para el viaje, y se dirigió á las orillas del Alma donde estaba el cuartel general.

Algunos dias despues se dió la batalla, y el primer nombre que leí en la lista de los muertos fue el de aquel desgraciado jóven. « Los franceses y los rusos no se harán mucho tiempo la guerra, todo acabará muy pronto y yo mismo iré á comprar perfumes á Paris este invierno. » Estas son las últimas palabras que dijo en mi tienda, y tal era por otra parte el parecer de todos los oficiales rusos que conocia.

Los soldados rusos temian sobremanera el efecto de las nuevas armas de que estaban provistos los franceses y los proyectiles de los ingleses. Los popes (sacerdotes) los animaban con sus sermones y les prometian que los santos que protegen á la Rusia los harian invulnerables contra las balas y los cohetes á la congreve.

El 14 de setiembre principiaron á oirse sordos redobles que se prolongaban hasta las cumbres inmediatas á Sebastopol. El calor era insoportable; á pesar de la solemnidad del domingo, se trabajaba en los arsenales, piquetes de cosacos iban y venian por el campo, y entraban y salian vapores en la bahía. Era indudable que se habia efectuado el desembarco de los aliados y habia tenido lugar forzosamente algun acontecimiento militar de la mayor importancia. ¿ Era una victoria ó una derrota? ¿ Quién podia averiguarlo? Las puertas de la ciudad estaban cerradas, y la multitud circulaba por las calles, y oia con distraccion las músicas de los diversos regimientos, que segun acostumbraban los dias festivos, ejecutaban piezas de ópera en los muelles.

Hé aquí lo que me dijo por la noche un secretario del príncipe Menschikoff.

— La invasion es completa pues hemos perdido una batalla y va á ser atacada Sebastopol.

Por que lado? Lo ignoramos. Por el norte nuestras defensas son débiles, y solo tenemos un campo atrincherado, obras de tierra, y el fuerte Severnaia, y por el mediodía, á escepcion de algunas torres que existen ya, nos vemos en la precision de improvisar la defensa. Nuestro ejército es muy inferior al del enemigo, y no será extraño que mañana os despertéis en una ciudad francesa.

Nadie durmió aquella noche. Serian las doce cuando se oyeron las campanas de la iglesia metropolitana, y la muchedumbre que inundaba el muelle vió al resplandor de las antorchas de resina salir del fondo del puerto los grandes buques de vela de la escuadra. Distingúense sobre cubierta numerosos marineros, pero en vez de preparar las velas las recojen, quitan los mastiles y las piezas de artillería y al estruendo del cañon abandonan los puentes

marineros y soldados. Los navios se hundén lentamente en el abismo: ya ha desaparecido el casco; húndense despues los mastiles: ya no se ven mas que sus puntas donde ondean aun los gallardetes, y ya no se distingue por fin mas que un inmenso círculo en la superficie desierta del mar. La escuadra rusa no existe.

¿ Quién podrá describir la grandiosidad sombría de semejante espectáculo y el estupor de los habitantes? Pero suenan los clarines y tambores y el suelo retiembla al fragor del cañon: las tropas rusas formadas en inmenso cuadro reciben la bendicion de un sacerdote revestido de sus insignias sagradas, y el pope agita la cruz sobre su cabeza mientras el príncipe Menschikoff les exhorta á morir por su patria y por su religion.

Tristísima era mi posicion en tal momento; podreis juzgarla vos misma cuando sepais que al volver á mi casa despues de la salida del ejército, encontré al príncipe Menschikoff rodeado por una multitud furiosa que pedía con rabia la orden de dar principio al incendio. Los franceses domiciliados en la ciudad, porque no estaba yo solo en Sebastopol, debian temer cualquier ultraje del fanatismo de aquel pueblo salvaje. Felizmente el príncipe Menschikoff que presagiaba un próximo sitio, mandó al día siguiente que saliese fuera de la ciudad la parte inútil y peligrosa de su poblacion.

El resto de las tropas partió por la mañana á incorporarse con la vanguardia en las alturas del Alma. Las calles por donde desfiló el ejército estaban sembradas de barajas y de dados pues el soldado ruso, muy jugador por carácter y mucho mas supersticioso, se apresuraba á desprenderse de unos objetos que podian acarrearle la derrota y la muerte.

¿ Quién podrá figurarse lo que pasaba en mi razon esperando la batalla que iba á travarse muy pronto? Cuando supe que se habia dado, y que la victoria nos habia favorecido, respiré con mas libertad. Es cierto que mi fortuna y hasta mi vida estaban á discrecion de los vencidos, pero ni un solo instante pensé en mí, porque aunque no soy un héroe, solo pensaba en el honor de nuestras banderas.

Entre mis parroquianos habia un oficial de ingenieros de unos treinta años de edad, á quien proveia, no de perfumes sino de guantes, porque detesta los olores y dice que los franceses formarían el pueblo mas amable de la tierra si no abrigasen una pasion tan decidida por el tabaco y el almizcle, los dos infectantes mas terribles del mundo (son sus propias espresiones). Este oficial entró en mi tienda el día siguiente de la batalla de Alma.

— Querido M. Martin, me dijo, nadie sabe si está muy lejana la muerte, y como no deseo dejar deudas, pues mi familia se veria en los mayores apuros para pagarlas, he venido á satisfacer el importe de mi cuenta y pediros un par de guantes para presentarme de riguroso uniforme en casa del gobernador. Aunque ahora estamos en guerra, supongo que no me tratareis como enemigo, y como tal vez son estos los últimos guantes que tendrán la honra de cubrir mis manos, elegidme los buenos, y sed un vencedor generoso.

— ¿ Se tienen noticias circunstanciadas sobre la batalla? pregunté vacilando.

— Ola! vease como se exalta el amor propio nacional de M. Martin, me respondió riendo. ¿ Deseais pormenores? Muy pronto se os darán. Contentaos en tanto con saber que vuestros paisanos han dado pruebas de valor y de conocimientos militares, y que los ingleses han sido tambien valientes, pero bastante torpes en las maniobras. Mas no os deis prisa por eso en cantar victoria, porque nuestros esforzados rusos saben ya que las balas angulosas de los tiradores de Vincennes no hacen mas mal que las balas redondas. Aun no sois dueños de Sebastopol, y si quieren oirme, yo sabria retardar aun por algun tiempo la entrada de los franceses en esta ciudad.

Y al mismo tiempo me enseñaba una cartera bastante usada que tenia debajo del brazo y de entre

cuyas hojas se veían salir dibujos y planos de fortificaciones.

En cambio de mi cuenta sacó de su bolsillo cinco rublos en plata que puso en mi mano. Este oficial se llamaba Todleben: ya se sabe lo que hizo en pocas semanas en Sebastopol.

Los aliados atacaron por primera vez la ciudad el 14 de octubre. Innumerables reductos armados con los cañones de la escuadra protegían á Sebastopol por la parte del sud; la tentativa de las escuadras tuvo nial éxito, y la batalla de Balaclava reanimó moralmente á los rusos á quienes llegaron numerosos refuerzos. Entraron en la ciudad los grandes duques Nicolás y Miguel, y durante algunos días se entregaron los sitiados á fiestas, banquetes y cantos de triunfo. El 5 de noviembre oí desde mi aposento, donde estaba tristemente encerrado, inmensa y alegre gritería. Era media noche, bajé con sigilo á la calle para averiguar la causa de aquel alborozo, y vi un cuerpo de ejército formado en la plaza de armas que recibía una nueva bendición de los popes en presencia de los dos hijos de Nicolás. Salieron de Karabelnaia siete regimientos, y oculto en una garita abandonada oí á los oficiales rusos que hablaban del triunfo que esperaban conseguir á favor de las tinieblas. Gortschakoff iba á atacar á Balaclava, en tanto que la division que habia salido de Karabelnaia se apoderaba de la derecha de los aliados, y la sostenía en su movimiento una fuerte columna apostada en el valle de Inkermann.

Volví á entrar en mi casa contristado por tan funestas noticias, pues los oficiales rusos manifestaban con su alegría la seguridad del buen éxito de su empresa. Estalló una horrible tempestad como para facilitar la sorpresa que preparaban, y al fragor del viento y del trueno, me arrodillé y rogué á Dios que protegiera á la Francia.

Al día siguiente entraron en Sebastopol, á la luz de numerosas antorchas, el cadáver del general Schoimonoff, á quien viera el día anterior al salir de Karabelnaia al frente de sus tropas: nosotros habíamos ganado la batalla de Inkermann.

Varias veces habia suplicado al príncipe Menschikoff, á quien conocia hacia mucho tiempo y que siempre me habia demostrado la mas lisongera benevolencia, el permiso, no de regresar á Francia lo cual era imposible, sino de volver á Moscou. Esta autorizacion, que habia concedido ya á varios franceses, me la negó siempre á mí á consecuencia de un extraño capricho del príncipe, quien siendo ya de un genio naturalmente extraño, daba muestras continuas de su mal humor desde la batalla de Inkermann. Solitario y retirado en lo mas recóndito de su habitacion, se negaba á dar audiencia hasta á sus mismos generales, y permanecía dias y dias en la mas completa inaccion.

El disgusto que me causaba mi permanencia forzosa en Sebastopol se compensaba al menos con la dicha de ser algunas veces útil á nuestros paisanos y á nuestros aliados prisioneros. ¡Cuanto debieron padecer los pobres ingleses! Habiendo desembarcado en verano con un pantalon y un solo par de botas, no habian recibido ninguna otra prenda de la intendencia general desde aquella época, y nos habíamos en el mes de enero.

Ostentábanse encima de la cornisa del palacio del gobernador las iniciales del emperador Nicolás, esculpidas en piedra y arrimadas á la pared; una tempestad arrancó el yeso que cubria la pared y que arrastró al caer las iniciales imperiales, y acababan de dar la orden á un joven general para que conjurase tan funesto presagio, cuando llegó la noticia de la muerte del czar. Ya habia salido el día anterior para Moscou despues de haber conseguido del príncipe Menschikoff el anhelado permiso.

A tanta distancia del teatro de la guerra se padece menos moral y materialmente; los franceses no inspiramos aquí odio ni ojeriza; se conoce cuan penosa debe sernos nuestra posicion en medio de un pais eneuigo, y no contribuyen en modo alguno á agravarla sino á hacerla mas llevadera. Voy todas las tardes á un café donde encuentro oficiales

rusos, leemos juntos los periódicos y nos pedimos mutuamente noticias como adversarios que se aprecian y que sienten no ser amigos. Dudo, y no sé por que razon, que merezcan igual simpatia los ingleses.

He dado lugar en mi diario á este largo relato de M. Martin, aunque los sucesos militares no son de la incumbencia de una mujer, pero cuando lea algun día estos pormenores junto al hogar, divertirán sobremanera á mi primo Santiago que actualmente está combatiendo en Crimea. Pero no será este el último préstamo que haré á la conversacion del excelente perfumista; y tal es la siguiente historia que podrá dar una idea de Rusia y de sus leyes.

El domingo, segun acostumbro hacerlo este día, comí en casa de M. Martin. Cuando llegué quedé sorprendida al ver en la sala una joven de unos veinte y cinco años, de fisonomia hermosa é interesante, que me miró con ojos apacibles pero sin manifestar que le llamara la atencion mi presencia. Hacia largo rato que estaba con la cabeza baja y abismada en el silencio, cuando prorumpió de pronto en una carcajada, levantó por un momento la cabeza, y volvió á dejarla caer sobre su pecho.

Tan extraña carcajada me hizo estremecer, y palida y aterrada, miré á la esposa de M. Martin para interrogarla.

— Está loca, me respondió.

— Hace ya dos años y se advierte muy poca mejora en su triste estado. Josefina, añadió M. Martin señalándome con la mano, mira, te traigo una compatriota, una amiga.

La loca me miró como la primera vez con ojos vagos y apacibles pero sin entender lo que la decian.

— Hace seis meses que solo interrumpe su silencio esa carcajada que os ha aterrado al llegar. En un principio, aun se quejaba á veces, pronunciaba algunas palabras entrecortadas y parecia que le aliviaba la presencia de mi marido, pero en el día ya no le conoce.

— Precisamente hace hoy dos años que salvé á la pobre Josefina!

— ¿De qué peligro la salvasteis, M. Martin?

— Vais á saberlo. Dos años hace que hallándome en Novorogod en la época de la feria, al abrir los ojos una mañana me llené de asombro viendo entrar en mi cuarto un piquete de soldados mandado por un oficial, el cual se acercó á mi cama y me preguntó si me llamaba Martin.

— Ese es mi nombre, respondí; ¿qué objeto os conduce aquí?

— Tengo orden espresa para llevaros preso; vestios al momento y seguidme.

Era sin duda victima de alguna equivocacion que pronto debia aclararse, pero como conocia á fondo las leyes del país y sabia que era inútil reclamar, seguí al oficial sin responder una palabra, y unicamente me aventuré á pedirle que me llevase á la presencia del general director de policía. Lejos de acceder á mi petición, me encerraron en una casa de detencion llamada la *Merskaia*, y despues de haberme registrado escrupulosamente y de quitarme cuanto llevaba encima, el dinero, el reloj y las alhajas, me dejaron en un oscuro aposento cuya puerta cerraron con cuidado. Como sabia cuan peligrosos son los muebres rusos, me guardé muy bien de sentarme en un banco cojo que formaba todo el ajuar de mi prision, y empecé á pasear de arriba abajo abismado en reflexiones que nada tenían de divertido.

Tres ó cuatro horas hacia que me entregaba á este ejercicio, cuando oí de pronto gritos y sollozos que salian de un patio sobre el cual debia caer la ventanilla que alumbraba con luz dudosa mi prision. Un ruido sordo y acompasado acompañaba al principio cada grito, pero pronto llegaron solo hasta mi oído los gemidos y las quejas. Me hallaba al lado del paraje donde se ejecutaban las sentencias ordinarias de la policía.

Un silencio profundo siguió á los golpes y gemidos, y apenas habia vuelto en mí de la emocion que

acababa de experimentar, cuando se oyó nuevamente rumor de pasos en el patio.

— ¡Por favor! ¿á dónde me llevais; No, eso no es posible!...

Al oír estas palabras pronunciadas en frances por una voz de mujer, mi corazón latió con violencia y un sudor frio inundó mi frente. No, no es posible repetía yo; no le impondrán tan atroz suplicio.

— Desnudadla!

Oí esta frase seguida de un grito desgarrador. Ignoro lo que pasó entonces porque cruzó ante mis ojos una densa niebla y no sabia donde me hallaba; únicamente me pareció oír como en un sueño confuso una voz que exclamaba:

— Madre mia! madre mia!

Cuando M. Martin pronunció estas palabras, la loca levantó la cabeza y lanzó su estridente carcajada.

El carcelero que vino á buscarme para llevarme á la presencia del general me encontró desmayado. En seguida que me vió el general, el cual me conocia, comprendió que se habia cometido conmigo alguna equivocacion, y mandando traer los registros, vió en efecto que habia sido preso en lugar de un tal Martini, griego de nacion, que tenia muchas cuentas que arreglar con la policía. Su Escelencia se dignó reirse un rato á mis espensas y divertirse con el estado de postracion y de abatimiento que me habian causado algunas horas de encierro. Mas es forzoso advertir que las cárceles rusas en nada se parecen á las de las demás naciones.

Aunque rendido de cansancio, no pude conciliar el sueño en toda la noche; no cesaban de resonar en mi oído los gritos y sollozos de la desventurada mujer de la Merskaia, y creyendo que la frescura de la brisa nocturna calmaria mi agitacion, me dirigí hácia el rio y me paré un momento en el puente de san Miguel contemplando la corriente. La noche, que hasta entonces habia sido muy oscura, empezaba á aclararse un poco con los primeros albores del nuevo día, cuando vi una sombra blanca que se dirigia hácia el pretil. Conoci su intento y llegué afortunadamente á tiempo para colocarme delante. Era una joven que trató de huir, pero yo la detuve.

— ¿A dónde vais de esta suerte, hija mia? le pregunté en ruso.

— Dejadme! dejadme! me respondió con voz anhelosa y débil; no os conozco; dejadme morir!

Hizo un esfuerzo para huir, pero le faltaron las fuerzas, y hubiera caído si no la hubiese sostenido y llevado á mi casa. Al ponerla en una cama advertí que mis manos estaban manchadas de sangre; miré los hombros de la desconocida que acababan de descubrir sus movimientos febriles, y los hallé llagados y llenos de huellas recientes como del látigo. En medio de su delirio no cesaba de repetir estas palabras:

— Oh! madre mia! madre mia!

Reconoci la voz de la cárcel. El cielo queria evidentemente confiarme la tarea de velar por aquella pobre victima, y acepté. Llamé á un médico que prodigó á la enferma los socorros del arte, y cuando se calmó la calentura y me pareció que empezaba á recobrar las fuerzas, le supliqué que me contara su historia.

— Nací en Paris, me dijo, y me llamo Josefina R...; mi padre murió dejando á mi madre una herencia que creia considerable y que redujeron á nada repetidos pleitos con sus acreedores. Me habian dado una brillante educacion, pero me vi precisada á aprender un oficio, y entré en la tienda de una modista. Era joven y hermosa; un señor ruso me hizo la corte, y tuve la debilidad de escucharle y la desgracia de seguirle. Pronto me vi abandonada y arrojada del castillo de mi amante, situado á alguna distancia de esta ciudad, y no tuve otro recurso que entrar en casa de madama X... que era mi modista en la época de mi fortuna y de quien iba á ser una de sus oficiales. En un principio fue para mí afectuosa, me mostró toda clase de miramientos, y no permitió que saliese á la tienda con las demás trabajadoras. Frequentaban la



Madre mia ! madre mia ! (Pág. 79, col. 3ª.)

casa algunos militares, y desde el aposento donde trabajaba sola oía la algazara de sus conversaciones con aquellas jóvenes. Yo no veía á nadie más que á un hombre ya de edad cuya riqueza me ensalzaba de continuo madama X... y que me demostraba el mas vivo interes. No tardé en conocer la clase de interes que habia inspirado á este hombre; un día se esplicó conmigo tan descaradamente, que me levanté indignada, pero él añadió que le extrañaba mi conducta y que debía saber muy bien que me hallaba en una casa donde nada tenían de particular ni de ofensivo las proposiciones que acababa de hacerme. Desde aquel momento resolví dejar para siempre la casa de madama X... pero avisada esta por mi interlocutor, me detuvo en la puerta.

— ¿A dónde vais? me dijo con dureza.

— A dónde Dios me guie, respondí con firmeza; ¿debo daros cuenta acaso?

— En eso vivis engañada, niña, porque estais aquí á mis órdenes, á mi servicio, respondió recalcando sus palabras; aquí no estamos en Francia, y no os escapareis.

Di un paso para salir, y al hacer este movimiento la empujé inadvertidamente con el codo.

— Ah! os rebelais! exclamó; ¿tratais de recurrir á la violencia? Pues bien, lo veremos.

Llamó á un agente de policía que se paseaba por la calle, y despues de haberle dicho en voz baja algunas palabras, el agente me cogió por el brazo y me llevó hasta la puerta de un edificio de sombría apariencia donde me obligó á entrar. Condujéronme á una sala en cuyo centro habia un escritorio detrás del cual estaba sentado un empleado con charreteras y uniforme verde. No tardó en llegar madama X... que habló en ruso al oficial y le enseñó una carta. Supe entonces de su propia boca que iba á ser... no, no pronunciare ese nombre odioso. Oh! señora, vos que tal vez tenéis hijas, no permitiréis que un hombre... ¿A dónde me llevais? Ah! ese látigo!... Dejadme al menos el vestido por compasion!...

Josefina cayó desmayada al llegar á esta parte de su relato; volvió en sí, me miró algunos momentos, prorumpió en una carcajada y volvió á inclinarse la cabeza sobre el pecho.

Quando se le pregunta porque tiene la cabeza inclinada con tal obstinacion, responde: « Es preciso que me oculte ahora! »

— Josefina, añadió M. Martin, vive retirada en su aposento pasando sus días en silenciosa inmovilidad. Algunas veces la obligó á que salga á la sala con la esperanza de que tal vez la presencia de una persona desconocida haga brotar en ella algun rayo de inteligencia, pero; ah! conozco que su locura solo acabará con la muerte.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VARIEDADES.

Primeras sociedades sabias de Europa.

Las ciencias, la literatura, la filosofía y la religion unieron en el siglo XV sus comunes tendencias, siguieron su movimiento las artes, y su influencia se extendió con rapidez á la agricultura, al comercio, á la industria y á la política. Porta, que vivia á fines de este siglo y en los primeros años del XVI, fundó la Academia de los secretos que tuvo poca duracion. La academia platónica de Florencia, creada en 1474, debió su influencia á Maquiavelo, á Pico de la Mirandola, á Angel Politiano y á algunos otros que podrian llamarse indiferentemente los ingenios ó los sabios de la época.

— El príncipe Cesi instituyó en Roma, en 1609, una academia sabia de que fue miembro Galileo; llamábase *Academia lyncei*, y fué suprimida cuando murió su fundador. Los sabios buscaron entonces en Toscana la libertad que no hallaban en la capital del mundo cristiano, pero ignoramos el nombre de su nueva sociedad, aun que nos ha legado actas de sesiones que indican numerosos y útiles trabajos en los diversos ramos de las ciencias. Succedióle la academia del Cimento, creada en 1657 bajo el patrocinio de Fernando II, la cual hizo experimentos sobre el sonido, sobre la luz, sobre la compresibilidad del agua y sobre los proyectiles, y estudió los reactivos, la cristalización de las sales en el agua, la fusion de los metales, la vaporización de diferentes líquidos, la fisiología de los movimientos de los animales y muchas otras impor-

tantísimas cuestiones. Borelli, Redi, Marsigli y algunos otros hombres eminentes formaron parte de ella; sus trabajos no vieron la luz pública hasta diez años despues de su fundacion, y sucumbió á los pocos años de establecerse, pues su mecenas solo le dió una proteccion nominal. — Francia, Alemania é Inglaterra poseian reuniones científicas, pero sin organizacion formal hasta que Roberto Boyle, el obispo Wilkins y Teodoro Haak reunieron en Inglaterra, en 1645, bajo su direccion las asambleas científicas del país. La antigua reunion científica de Oxford se trasladó algun tiempo despues de su creacion á Londres y se unió en 1559 con la sociedad central. En 1662, la reunion científica del colegio de Gresham octuvo la sancion de Carlos II, tomó el nombre de Sociedad real de Londres, se dividió en ocho secciones y dió principio á la publicacion de sus memorias, en 1665, con el título de *Transacciones filosóficas*. — El padre Mersene empezó á reunir en Paris, en 1635, algunos de sus amigos que se ocupaban de ciencias, y mas adelante se celebraron estas reuniones en casa de Montmort y de Thevenot. Aunque existia ya en 1635 una academia francesa fundada por Richelieu, se ocupaba únicamente de literatura, y el parlamento dilató por dos años el permiso de su creacion. La academia de ciencias no se fundó hasta 1666 por Colbert que tomó su direccion, y en la cual entró casi toda la reunion de Thevenot. — España poseia en la misma época una academia de los curiosos de la naturaleza que dió escasos resultados y duró pocos años. — El médico Lorenzo Bosch propuso en Alemania, en 1651, la creacion de una academia dedicada al estudio de las ciencias naturales, conocida despues con el nombre de Academia de los curiosos de la naturaleza. La originalidad alemana se distinguió de dos modos: 1º los miembros de la sociedad publicaron aparte sus trabajos; 2º se dieron nombres griegos. En 1672, esta institucion fue aprobada por el emperador con el título de Academia de los curiosos de la naturaleza del santo imperio romano.